

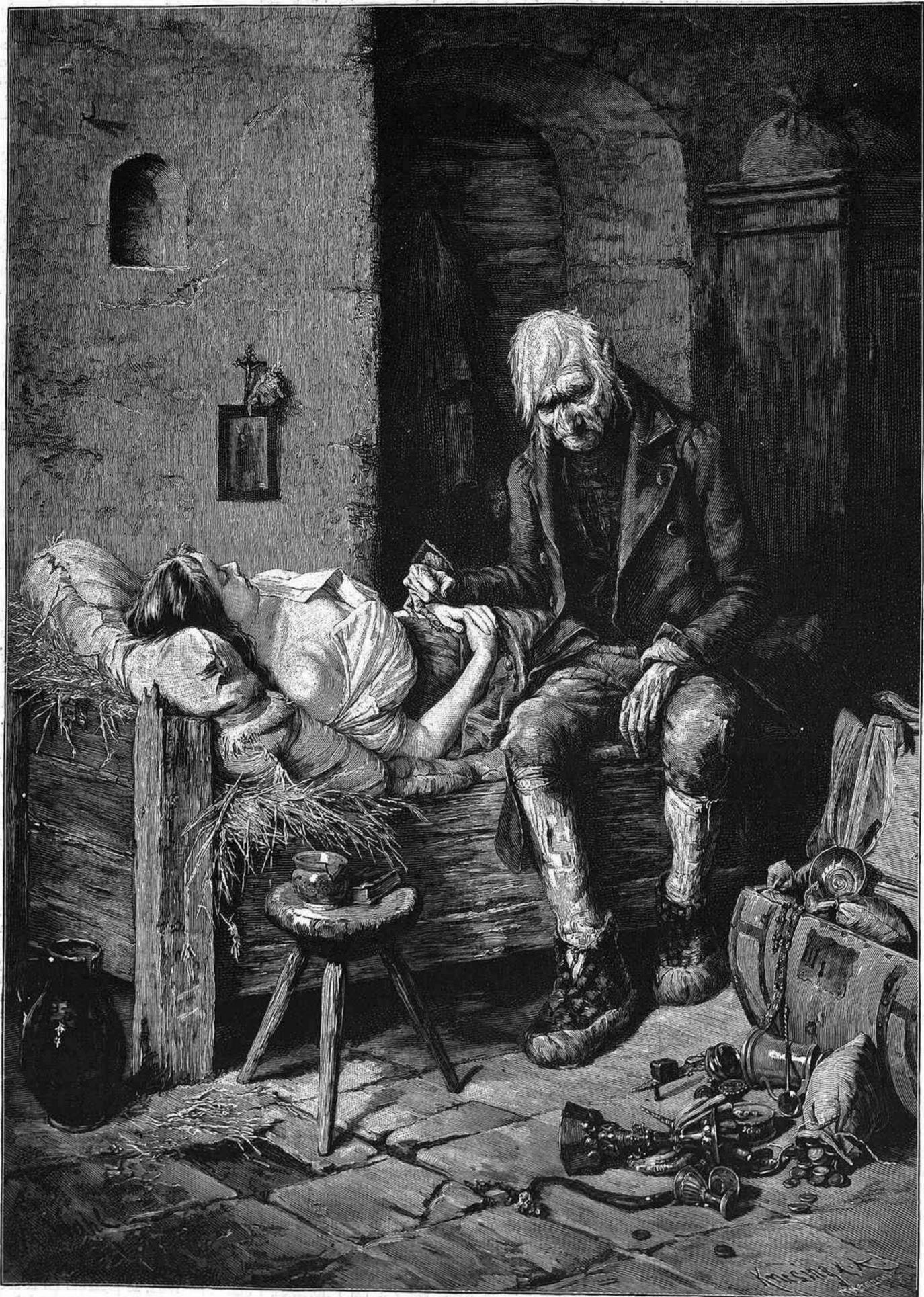
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1886→

NUM. 235

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡DEMASIADO TARDE!... cuadro de A. de Wahl

Presentado en la Exposición de Berlín. (De fotografía directa de F. Hanfstangl de Munich)

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—¿Qué es el vulgo? por don A. Sanchez Pérez.—*La viña del Señor*, por don Pedro María Barrera.—*El ramo de margaritas* (conclusión), por don F. Moreno Godino.—*Viaje á Filipinas*, por el doctor J. Mortano.

GRABADOS.—*Demasiado tarde!*... cuadro de Wahl.—*Apuntes*, de J. Luis Pellicer.—*La faena de invierno*, cuadro de W. Zauze.—*El vice-cónsul Rivadeneira en Dizful*, cuadro de nuestro director artístico don J. Luis Pellicer.—*A tener treinta años menos*... cuadro de G. Papperitz.—*De vuelta del Rialto*, cuadro de Mister Wood.—*Regreso inesperado*, cuadro de Lojacono.—*El bebedor de agua*, bosquejo de E. Manet.—*El volcán Apó, vista tomada á 2000 metros de altitud*.—*Panorama del golfo de Davao*.—*Suplemento Artístico: La cosecha de patatas*, dibujo al carbón de L'Hermitte.

NUESTROS GRABADOS

¡DEMASIADO TARDE!... cuadro de Wahl

Este lienzo, altamente dramático, une á sus excelentes condiciones artísticas, la circunstancia de ser una lección de alta moral, más comprensible, y por ende más eficaz, que si se desprendiera de un tratado de filosofía.

Un avaro sin conciencia, un usurero sin corazón, ha sacrificado al culto del Dios Oro los más naturales sentimientos, los impulsos que la Providencia ha impuesto hasta en las fieras. La víctima ha sido su propia hija; una criatura inocente á la cual ha privado de todo, de sustento cuando lo pedía su cuerpo, de aire cuando lo demandaban sus pulmones, de expansión cuando lo reclamaba su alma, de caricias cuando las exigía su noble corazón. Aprisionada, asfixiada, atrojada en una malsana buhardilla, la pobre flor, sin luz, sin sol, sin cuidado, ha muerto lentamente, sin que su larga agonía haya despertado el menor sentimiento en el envilecido pecho del autor de su vida.

Un día, empero, la muerte, más generosa que ese padre, ha batido sus alas sobre el misero lecho de la joven; y el sordido avaro ha comprendido toda la extensión de su crimen. Entonces ha ido en busca de sus tesoros, ha desparramado junto á la cama de la moribunda el dinero, las joyas, las mil y una prendas, adquiridas al precio de una transacción vergonzosa entre su avaricia y su conciencia.

¡Es demasiado tarde!... Ha sonado la hora de la libertad y del remordimiento. El cielo llama á su ángel y la expiación comienza para un miserable.

Tal es el drama que Wahl ha representado de una manera gráfica. En presencia de ese cuadro, las almas nobles se sobrecogen y comprenden que el arte puede llegar á ser uno de los grandes instrumentos del estigma de Dios.

LA FAENA DE INVIERNO, cuadro de W. Zauze

Este paisaje causa frío, frío en el cuerpo y frío en el corazón.

La figura que lo anima atrae privilegiadamente las miradas, porque esa pobre mujer es la representación de la miseria, abrumada, más si cabe, durante el invierno. La naturaleza vegetal se ha desprendido de sus galas; pero no parece sino que al mismo tiempo se ha desprendido de sus necesidades. Diríase que ha dejado de vivir transitoriamente, hasta que un rayo de sol de abril la llama á la resurrección anual. Mas la infeliz habitante de la cabaña no se aletarga como los árboles, ni se aletargan sus hijos, que tienen frío, que tienen hambre, que tienen necesidades en todas las estaciones y más en la estación del invierno. Por esto la madre solícita desafia la inclemencia del tiempo, y pisando nieve y sin reparar que la escarcha destruye su semblante, se dirige al campo, al bosque; do quiera que la Providencia haya dejado algo para remedio de los pobres durante los días de la gran crisis.

Bien poco es lo que aprovecha: los mismos pájaros la han hecho competencia en descubrir el último grano perdido en la inmensidad de los prados, el último fruto olvidado en la elástica rama de los árboles. Gracias si recoge algunos tallos secos para reanimar la escasa lumbre del frío hogar. El pobre que en invierno se calienta, puede decirse que medio come.

El autor de este cuadro ha pensado y hecho pensar en los que, durante los eternos días de invierno, tienen hambre y tienen frío... Es una obra meritoria que realza el indudable valor artístico de la composición.

EL VICE-CÓNsul RIVADENEIRA EN DIZFUL, cuadro de nuestro director artístico J. L. Pellicer

Adolfo Rivadeneira, hijo de D. Manuel, que con la edición de la *Biblioteca de Autores españoles* levantó el mayor monumento dable á las letras patrias, fué nombrado, hace algunos años, vice-cónsul de España en Persia. Por una anomalía que ocurre tarde ó nunca en España, el vice-cónsul hizo lo que no hace ningún *vice* en nuestra tierra de garbanzos, y entre las pruebas que dejó de su fina observación y de su elegancia de estilo, figura un curioso libro ó viaje á Persia, en cuyas páginas encontró el señor Pellicer el asunto de su cuadro.

Representa éste la llegada á Dizful de Rivadeneira, acompañado del gobernador de la provincia y de numerosa escolta. A la vista de la población, que se divisa en lontananza, son recibidos por los deriches y funcionarios de todas clases, procediéndose á los sacrificios de reses, entre ellas una vaca blanca, que puesta en la punta de una pica por el más anciano de los santones, equivale á decir:

—Sean Vds. bien venidos.

Los restos de los animales sacrificados se ceden á la multitud, que nunca es poca, y más en los pueblos orientales, donde hay algo que llevar gratis á la boca.

Pellicer pintó este cuadro con presencia de apuntes tomados sobre el terreno por el propio Rivadeneira y con sujeción á las indicaciones de éste tocante á efectos de luz, de colores y de localidad. Esto dice el artista con su habitual modestia; pero nosotros, que en ese lienzo encontramos rasgos dignos de Horacio Vernet, diremos á nuestra vez que cuando no se dibuja y no se agrupa y no se combina y no se pinta como Pellicer pinta, combina, agrupa y dibuja, es perfectamente inútil buscar en libros y relaciones de viajeros lo que no ha de encontrar el vulgo de los artistas á tanto el metro.

Y en prueba de ello, publicamos en este mismo número algunos de los apuntes con que el señor Pellicer se previno para la ejecución del cuadro, apuntes dignos de su lápiz, seguro como el de muy pocos maestros. No es, por lo tanto, de extrañar que este lienzo, después

de haber llamado la atención en la Exposición de Madrid (1877) y en el Salón de París (1878), decore hoy los salones de la Presidencia del Consejo de Ministros, por más que su adquisición sea honra, ya que no provecho, del Ministerio de Estado.

A TENER TREINTA AÑOS MENOS... cuadro de G. Papperitz

Inspirados por la frase francesa *si vieillise pouvait*, se han pintado muchos cuadros, y no hay para qué decir que en todos ellos hay algo picaresco que constituye la síntesis de la obra. Conciliar la malicia con el buen parecer, armonizar la picardía con la decencia, fuera de la cual el arte pierde uno de sus mayores atractivos, desciende de la región de la poesía y se enfanga en el lodazal de un materialismo repugnante, es el mayor mérito que puede contraer el artista que aborda asuntos arriesgados de suyo. Y este mérito ha demostrado poseer el autor de nuestro cuadro, pues sin ocultar su intención, ha sorteado perfectamente los escollos de la empresa.

Aparte estas consideraciones, la factura de la obra es franca y muy bien pensada á un tiempo; es decir, que el estudio concienzudo, perfecto, de las figuras, no afecta en lo más mínimo á la espontaneidad de su ejecución. Bien concebido en su conjunto, rico en detalles, espléndido en todo, este lienzo no podrá nunca relegarse al montón de cuadros que constituyen el innumerable martirologio de las vulgaridades artísticas.

DE VUELTA DEL RIALTO, cuadro de M. Wood

Los ingleses son apasionados por Venecia. Ellos sostienen la escasa vida de la que fué un día reina de los mares. En el Rialto se celebra el mercado diario, y en él ha encontrado Mister Wood el delicioso ejemplo de la joven veneciana que ha reproducido acertadamente. Su belleza característica, su perezosa actitud, su abandono y hasta dejadez, muy propias de las hijas de Venecia, hacen de este cuadro un verdadero y estimable tipo.

REGRESO INESPERADO, cuadro de Lojacono

Los modernos pintores napolitanos y sicilianos hacen prodigiosos estudios de efectos de luz, alardeando de ellos particularmente en la pintura de horizontes despejados y limpidos, como lo son por lo común los que sirven de fondo á Nápoles y á Palermo. Esta circunstancia no puede apreciarse en un simple grabado. Pero como el cuadro de Lojacono es recomendable, además, por la claridad del concepto, por la naturalidad de sus personajes y por la sobriedad de los recursos empleados por el artista, sin perjuicio de la vida que todo él respira; nuestros favorecedores deben estimarlo en cuanto vale, que ha de ser mucho cuando se ha apresurado á adquirirlo un *amateur* tan inteligente como el rey de Italia.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA COSECHA DE PATATAS, dibujo de L'Hermitte

Únicamente á los grandes dibujantes les es permitido arriesgarse en este difícil género de manifestaciones artísticas. Botessini arrancaba acentos llenos de melodía á un contrabajo; L'Hermitte produce maravillas de dibujo con un pedazo de carbón. Esto prueba que, dentro del arte, el instrumento es lo de menos y lo de más son las manos que el instrumento manejan.

¿QUÉ ES EL VULGO?

¿Dónde está la pastora?

Desde que oí decir á cierto personaje de una comedia, muy popular en su tiempo: «el vulgo, hija mía, es casi todo el mundo,» me anda por la cabeza la sospecha de que el autor de la comedia mentada estuvo á punto de asentar una verdad como un templo; y de que solamente le faltó para ello suprimir el *casí*.

Para mí está fuera de discusión que una de dos: ó no hay vulgo, ó todos somos vulgo; bien que me inclino más á lo último que á lo primero.

Aquella frase que tan frecuentemente y con tanto encomio suelen citar algunos: *no hay hombre grande para su ayuda de cámara*, pudiera tener su contraria, que también es cierta: *en la intimidad no hay hombre pequeño*. Como que, en último resultado, lo pequeño y lo grande son mera cuestión de distancia y de perspectiva.

¡Vulgo! ¡vulgo! ¿Y qué viene á ser eso? ¿Hay efectivamente vulgo? Y si lo hay en efecto, ¿dónde está?

La Academia española, en su Diccionario de la lengua, contesta de este modo á mi pregunta: «VULGO.—El común de la gente popular ó plebe.» Donde se echa de ver que los autores del diccionario son literatos y sabios y eruditos. Si los encargados de redactar esa especie de código del lenguaje hubieran sido simples obreros, sin cultura intelectual y sin conocimientos literarios, de seguro habrían dicho que el vulgo es la BURGUESÍA; palabreja francesa que ahora usamos muy frecuentemente los españoles.

Porque la idea de vulgo es puramente subjetiva. Para el poeta es vulgo y archi-vulgo y hasta vulgacho el que no logró nunca *elaborar* una redondilla. Un maestro tenía yo, para quien era vulgo todo aquel que no había estudiado matemáticas. El músico reputa vulgo al comerciante; y el que consagra su actividad y su inteligencia á las transacciones mercantiles, no concibe que un hombre se pase meses y aun años enteros llenando de figuras un trozo de lienzo.

Pero no se trata por ahora de lo que la Academia dice, ni de lo que puedan pensar éstos ó los otros caballeros particulares: que el sabio llame *vulgo* á los ignorantes, que para el rico sea vulgo todo pobre, se comprende y es lo usual; pero, ¿es eso realmente el vulgo? y dado que, en efecto, lo sea, ¿dónde comienza la ignorancia á ser vulgar? ¿dónde principió á dejar de serlo la sabiduría?

Porque, como me apuren Vds. un poco, voy á negar que haya ignorantes y voy á negar que haya sabios.

Admitiré, cuando mucho, que todo eso de la ignorancia y de la sabiduría es, como lo grande y lo pequeño, simple ilusión óptica, mera idea de relación.

Voy á suponer, á fin de aclarar el concepto, que el lector benévolo pasea conmigo por las calles de Sevilla: entre los numerosos transeúntes con quienes tropezaremos en nuestro paseo, los hay de seguro altos, muy altos, y bajos; flacos y gordos; hermosos y feos; niños y ancianos. Los unos andan en coche, á pie los otros. Este reirá, aquél llevará la desesperación ó la ira pintada en el semblante; pues bien, si en lugar de observar desde la calle misma, observásemos desde lo alto de la Giralda, por ejemplo, los altos y los bajos, los feos y los hermosos, los viejos y los niños, alegres y tristes, jinetes y peatones quedarían reducidos á una misma talla y á un solo aspecto; como si dijéramos, á la condición de vulgo. Vistos desde lo alto, para nosotros serían todos unos; y muy pequeños todos.

Si en vez de subir á la Giralda hubiésemos ascendido en globo, habríamos llegado á perder de vista por completo á todos los que tan variados matices nos ofrecían; los edificios más elevados, la Giralda misma, los picos de las montañas, todo lo que tan gigantesco nos parece, se empuñaría á nuestra vista.

Sigamos elevándonos, aunque sólo sea con la imaginación; continuemos alejándonos de la torre, y colosales montañas y mares inmensos se reducirán á nada. Veremos nuestro planeta del tamaño de cualquier estrella, ó dejaremos de verle á fuerza de aparecer pequeño. Esas diferencias de tamaño que aquí advertíamos, esas distancias que nos parecían inmensas, todo eso que juzgábamos grande se halla contenido en un punto apenas perceptible.

Pero hagamos la observación en sentido inverso. Y ya que en Sevilla comenzamos nuestra observación, continuémosla en Sevilla.

Si comparamos la catedral, por ejemplo, con una casucha del barrio de Triana, ¡qué asombrosa diferencia de dimensiones y de mérito artístico hallaremos entre uno y otro edificio! Pero aproximémonos á la catedral, mucho, mucho, hasta tocar en ella con las narices; aproximémonos después á la casucha del mismo modo; y nuestra vista sólo abarcará en el uno y el otro edificio un trozo de igual magnitud.

Es decir, que los conceptos de pequeño y de grande han menester para tener existencia, que haya la distancia conveniente: nos alejamos demasiado de los objetos y dejan de ser grandes; nos acercamos mucho á ellos y dejan de parecerse pequeños.

¿Por qué no hemos de admitir que sucede algo parecido á esto en lo que se refiere á las grandezas y á las pequeñeces morales?

Vistos desde la Giralda todos los hombres aparecen de igual estatura: mirados desde algún observatorio moral todos los hombres parecerán de la misma ignorancia.

La distancia que existe entre el hombre más sabio de la tierra y el más ignorante, no puede ser mayor, en lo moral, que la que en lo físico existe entre el pico más alto del Himalaya y el nivel del mar.

Esta distancia, sin embargo, parecería reducida á la nada si pudiésemos observarla desde cierta altura; ¿qué parecería la diferencia entre el ignorante y el sabio, mirada desde la sabiduría absoluta? El sabio más sabio del mundo ignora infinitamente más de lo que sabe.

Por eso los ignorantes y los sabios aparecen confundidos é iguales cuando se les mira desde lejos.

Y si se les mira desde muy cerca... ya he recordado al comenzar la frase célebre de no recuerdo quién: *No hay hombre grande para su ayuda de cámara*; ya he dicho que podría agregarse á esa otra: *En la intimidad no hay hombre pequeño*.

¿A quién no ha ocurrido alguna vez, ó muchas veces, aproximarse lleno de respetuoso temor á uno de esos portentos de la humanidad y después de haber conseguido el altísimo honor de ser admitido á su presencia, quedar desencantado y perplejo? ¿Y es esto nada más, ese coloso de la ciencia? se pregunta uno á sí mismo.

En cambio, ¿quién no ha encontrado miles de veces hombres sin instrucción, personas sin cultura, que allá, á la buena de Dios y á la pata la llana, discurren con suma claridad y dan solución pronta y acertada á las más arduas dificultades de un negocio intrincado?

¡Y parecía tonto este hombre! salimos diciendo después de conversar un rato con el ignorante.

Quedamos pues... ¿en qué?

En que, ó no hay vulgo, ó en que, si lo hay, el vulgo es siempre para todos... lo que está lejos; á la distancia suficiente para que parezca igual todo.

Eso es el vulgo.

A. SANCHEZ PÉREZ

LA VIÑA DEL SEÑOR

POR DON PEDRO MARÍA BARRERA

El mismo día que el alcalde de A... mandó fijar en la plaza de la villa la lista de los mozos sorteables de la quinta de 1862, se presentó en la secretaría municipal el tío Canina, padre de uno de los interesados, preguntando por qué razón el Pato (abreviatura que significaba Patricio To-melloso), cortijero, de veinte años cumplidos, sin padre ni madre, sobrino del tendero de paños y baye-

APUNTES PARA EL CUADRO *El Vice-cónsul Rivadeneyra en Dizful*, DE NUESTRO DIRECTOR ARTÍSTICO J. LUIS PELLICER



tas y novio de Pepa, la hija del aperador del síndico del Ayuntamiento, no figuraba, como uno de tantos, entre los que corrían peligro de soltar la azada para coger el chopo.

Examinó el secretario los borradores de la lista, y notó la falta.

Dijo, sin embargo, que allí constaba incluido; se mandó á uno de los alguaciles descolgar la tablilla en que dicha lista estaba expuesta al público, y, como es consiguiente, en la lista había la misma falta.

— Aquí no aparece, — exclamó el secretario. — Es indudable que el escribiente, por involuntario error de copia, ha dejado de incluirlo.

El denunciante, que milagrosamente pasaba su vida manejando un arado, — y digo milagrosamente, porque tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando, y no manejando, — comenzó á echar por su boca tales lindezas contra el escribiente y el síndico y el municipio en masa, que el acto de la reclamación concluyó con esta orden verbal del alcalde:

— Póngase al Pato en la lista de los mozos del sorteo, y que metan á este cernicalo en la cárcel, antes de que yo tenga tiempo de meterle de un silletazo el esternón en la espalda para que aprenda á hablar delante de la autoridad.

Cuando el secretario y el escribiente quedaron solos, aquél exclamó, con acento á la vez enérgico y reposado:

— Tengo seguridad de haberte dictado ese nombre que has suprimido en los borradores y en la lista. ¿Qué significa esto?

Pálido, temblando y lloroso, el escribiente contestó:

— Significa que soy un tuno; que merezco un presidio. Al llegar el último invierno mi mujer no tenía refajo, ni yo capa, ni mis hijos vestidos. Gracias al tendero, que me fió géneros, no nos hemos muerto de frío. Como no he podido pagarle, hace algún tiempo que no deja de mandar recados á mi casa preguntando que en qué pienso; y el domingo pasado fui yo á decirle que no me apurara, porque no tengo una peseta. Estaba allí su sobrino, y poniéndole una mano en el hombro, dijo el tendero dirigiéndose á mí:

— Haz que éste no éntre en la quinta, y te prometo que no vuelvo á pedirte nada hasta que tú puedas pagarme. Ya sabe V. por qué he hecho la picardía que acaba de

¡Si te conoceré yo á tí! Como eso fuera verdad, que no lo es, te juro que habías de arrastrar una cadena. ¡Bonito soy yo para aguantar pillerías de nadie! No se hable más del asunto.

— Este hombre es un ángel, — exclamó el delincuente para sus adentros; y el secretario para los suyos decía entretanto: — Yo en su caso hubiera hecho lo mismo que él: ¡lo mismo! ¡lo mismo!

Llegó el sorteo, y la tercera ó cuarta bola favoreció al Pato con el número uno. Se apresuró el huérfano á poner en conocimiento de Pepa que podía ir haciéndole una escarapela roja para el sombrero, y la pobre muchacha, pasadita de amor hasta los tuétanos, se dió tal pechugón de llorar, que si las lágrimas se tomaran á cuenta de reales para redimir del servicio de las armas, le hubieran sobrado muchas, después de pagar los cuatrocientos duros que por la redención exigía la ley.

— ¿Por qué no vas á ver á tu tío? acaso él querrá prestarte el dinero para que te libres.

— Mi tío ya ha hecho lo que ha podido; pero no ha servido de nada.

— Su tienda es la que más vende; si no te pone un hombre, será porque no quiere.

— Es que tampoco quiero yo. Ni él tiene obligación de hacerlo, ni yo le he de pedir lo que nunca podría devolverle. Pero, mira, eso no importa: me han asegurado que no llega á diez kilómetros, no recuerdo si es kilómetros como se llaman, lo que tengo más de la talla. Hasta que nos citen para la declaración de soldados, sólo comeré lo indispensable para no morir de hambre, sólo me acostaré cuando esté cayéndome de sueño. Además, voy á andar todos los días unas cuantas leguas, llevando encima el peso que mis fuerzas resistan. Además, media hora antes de que me tallen, haré que el barbero me afeite la cabeza. Además, cuando me metan en la talla me encogeré todo lo que pueda. ¡Ya ves tú si con tantas precauciones hay casi seguridad de menguar esos kilómetros que me sobran, ó como se llamen!

El día de las grandes amarguras de los padres, las madres y las mozueltas enamoradas, el Pato, que había cumplido al pie de la letra su plan para menguar de estatura, se colocó en la talla descalzo, con la cabeza más mondada que los pies, encogido, rígido, y dispuesto á dejarse desollar vivo antes que ser declarado soldado.

Empeñado él en ser de granito, y el tallador en volverlo más elástico que la goma, cada uno puso de su parte lo que pudo para lograr su intento. Sudaban uno y otro: daban resoplidos como fieras acorraladas; la numerosa concurrencia que, separada del estrado por una barandilla de hierro, presenciaba apiñada la lucha, lanzaba gritos y apóstrofes desaforados.

— ¡No sea V. bestia! ¿Va V. á hacer pedazos á ese hombre para que crezca en un minuto lo que no ha crecido en veinte años?

— ¡No sea V. ganso! ¿No ve V. que se encoge? ¿No ve usted que se comba? ¿No ve V. que no toca con la espalda la talla?

El alcalde no cesaba de tocar la campanilla y de amenazar con que iba á llenar los calabozos de la cárcel con los que más alborotaban. El secretario, sin alterarse, le apaciguaba de vez en cuando, diciéndole: — No se irrite V.; nosotros en su caso haríamos lo mismo.

De pronto, levantóse de su asiento un sargento de la guardia civil que presenciaba la medición desde un extre-

mo del estrado: separó al tallador, cogió con cada mano una oreja de Patricio, le puso en la boca del estómago la rodilla de la pierna derecha, hizo presión, y el pobre novio de la hija del aperador del síndico fué dando tanto de sí, que acabó por tener muchos kilómetros, como él decía, sobre la estatura exigida para vestir un uniforme del ejército. Desde aquel momento ya no pensó el quinto más que en tener frecuentes coloquios con su novia, en lucir una hermosa escarapela bordada por Pepa, en reponer las fuerzas perdidas y en recorrer las calles de la villa con los otros quintos cantando coplas al compás de las guitarras. El secretario del Ayuntamiento los condujo á todos pocos días después al Gobierno civil de la provincia para verificar la entrega en caja, y nadie volvió á tener noticias directas del Pato, hasta que, algunos meses después, su desconsolada novia recibió una carta en la cual, debajo de un corazón verde atravesado por una flecha encarnada, habían escrito con tinta azul lo siguiente:

«Querida prima: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo. La mía es buena á Dios gracias, para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, como me toca de obligación. Prima: esta sólo se dirige para decirte que sepas que no te he escrito antes porque bien sabes que no entiendo de pluma, y no he tenido quien me escriba, hasta que hoy lo hace el cabo Terrones, lo cual que se digna de ser mi amigo, porque aunque es clase no es vanidoso, y es el cabo más querido de los jefes y las mujeres, por ser el mejor cabo del ejército del mundo terráqueo. Prima: sabrás como estoy siendo de la sexta compañía del batallón de cazadores de Alcántara, número 20, que es el mejor batallón de las Españas, porque sabrás que en la guerra de Africa los de mi compañía nos llenamos de gloria, que fué en el boquete de



Anghera y barranco del Infierno, el 25 de noviembre de 1859, donde, aunque nos quedamos en cuadro, mi compañía sola escabechó muchos moros, por lo que dieron una cruz pensionada al cabo Terrones, que desea conocerte, y me encarga que te dé expresiones de su parte, porque, aunque es clase, estima á todas las personas de mi particular aprecio. Si ves á mi tío, dile que ya estoy al corriente de mi obligación, y que ahora voy á destruirme en la lectura y escritura, porque el capitán de mi compañía se empeña en que los números que no saben eso son unos borricos y que no son verdaderos números sino aprendiendo á leer y escribir de corrido, como el cabo Terrones. Lo cual que á éste le estoy muy agradecido y le he dado palabra de convidarle en un establecimiento de bebidas, por lo que si puedes mandarme algún dinerillo con alguna persona que venga por Aranda de Duero, donde estamos de guarnición, te lo agradeceré mucho. Y no cansando más, darás expresiones de mi parte á tus padres, y á mi tío, si le ves, y á todas las personas de tu particular aprecio, y dime todo lo que pasa en el pueblo, y recibe el corazón de este que te quiere y lo es tu primo — Patricio Tomelloso. »

Recibió Pepa la carta del Pato como reciben los campos las lluvias de primavera, y se apresuró á contestarla, guardándola en el seno, donde la llevó dos meses que tardó en recibir otra. La segunda ocupó aquel dulcísimo nido hasta que tuvo la tercera, y la tercera, escrita ya por su mismo novio, llegó á hacerse pedazos con el calor y contacto del pecho ceñido por el corsé.

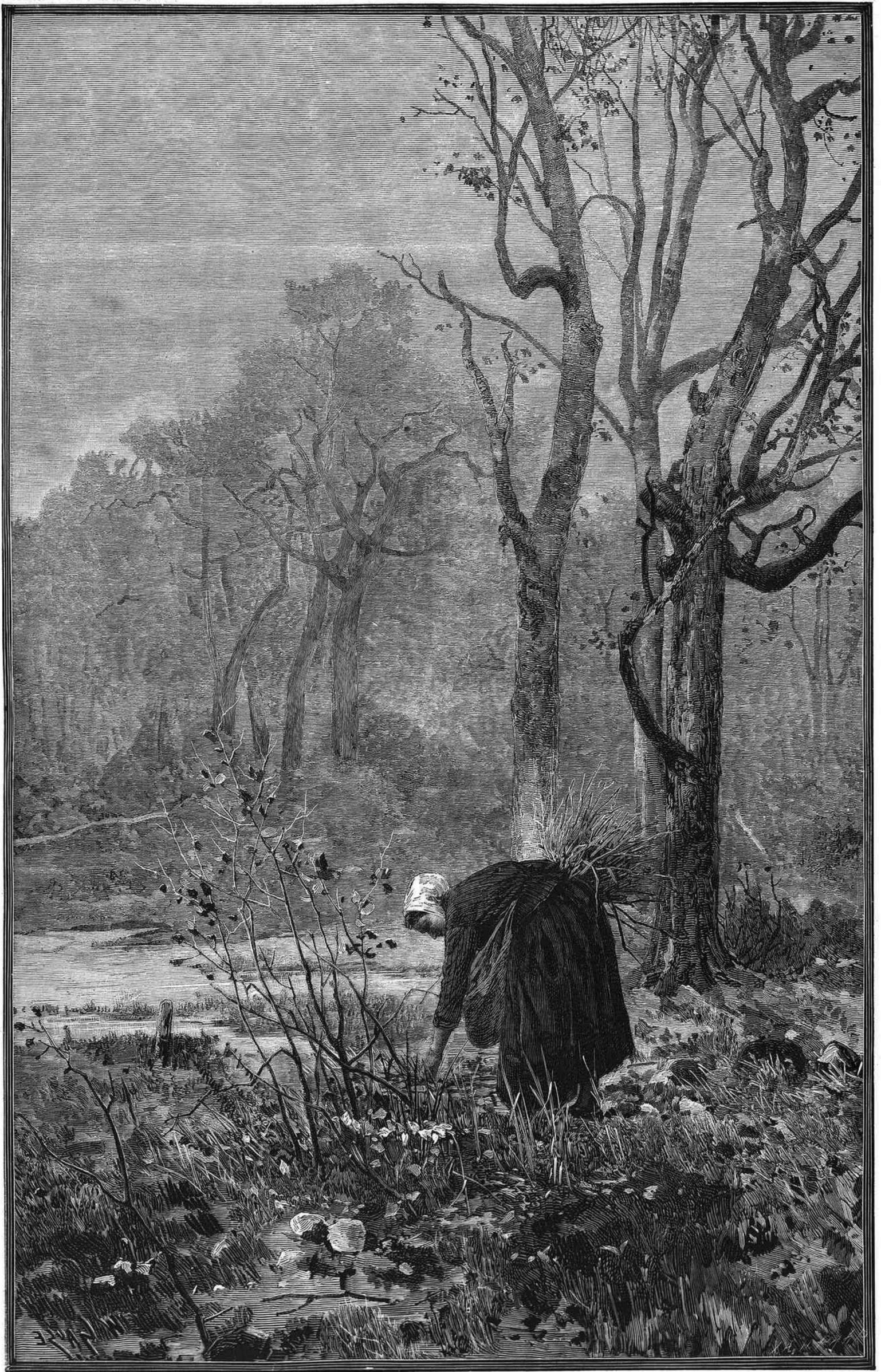
Mientras el Pato continuaba comiendo rancho y manejando un fusil, veamos lo que ha pasado en la villa á los demás personajes de esta verídica historia.

Desde el día que los quintos de 1862 dejaron sus hogares para ir á ser entregados en caja, el hijo del tío Canina, que se había librado del servicio por tener un nú-

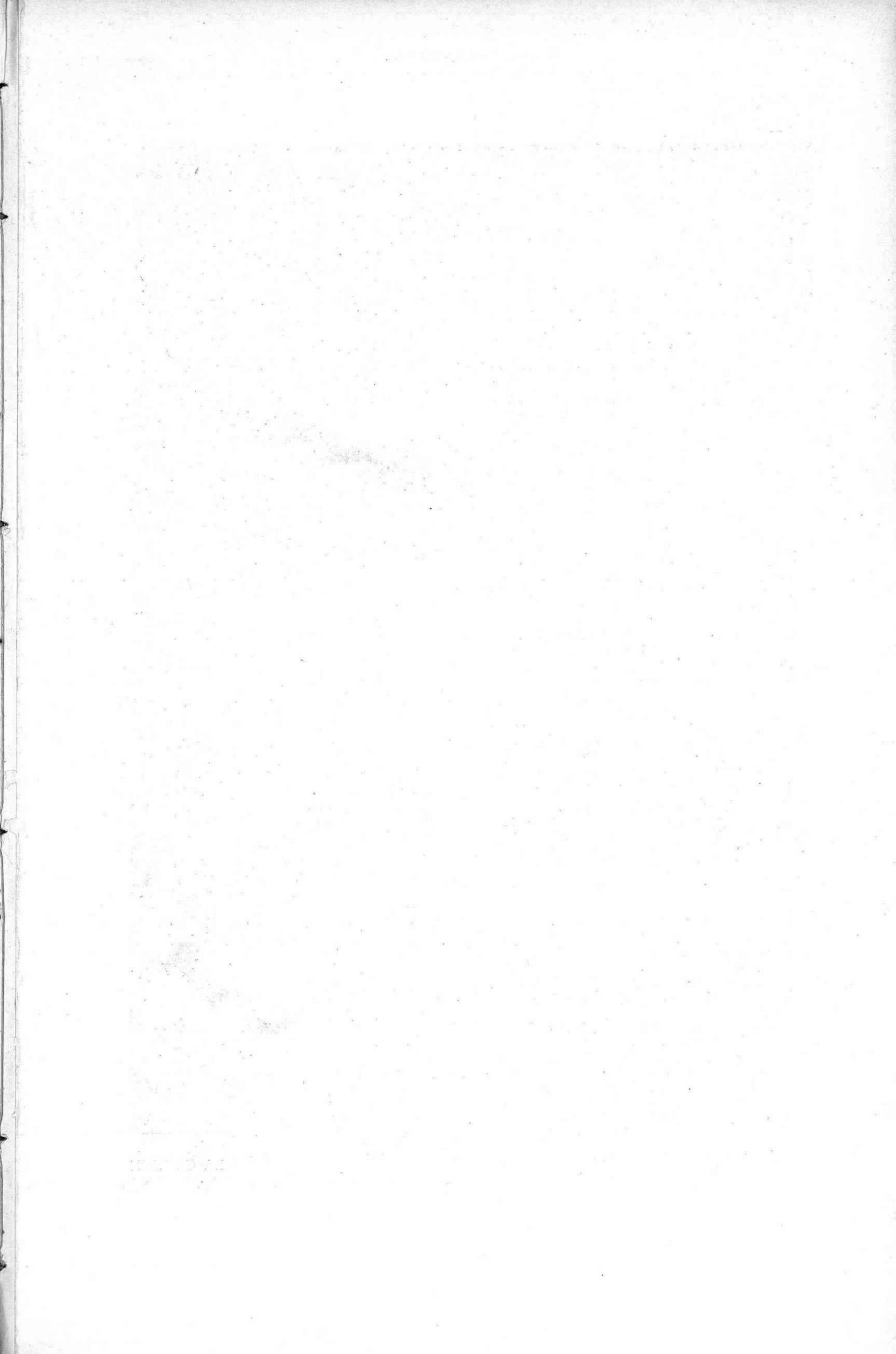


descubrirse. Ahora haga V. de mí lo que quiera: yo mismo me delato.

— Ni tú te delatas, ni yo te oigo, ni eso que dices es otra cosa que una estúpida mentira, inventada para no confesar que ni al dictado escribes con sentido común.



LA FAENA DE INVIERNO, cuadro de W. Zauze





LA COSECHA DE PATATAS, DIBUJO AL CARBÓN DE L'HERMITTE

mero
suspiro
gallina
piedra
se ent
ventan
quitas

- C
tu pad
dolo p
dre, m
quitar
un Pat

Para
cesitab
tana, c
pero e
peraba
se vien

No
ñado p
era fru
esto úl
se mu
y unas

Fue
que ha
nes, y
hizo p
Su p
en que
y bulle
sas con

En
- D
- D
- C
- U
- P

de Cas
borrac
lo crec
- N
carne s
- P

la vida
mujere
- E
si le ar
alegría
- M

por él
- P
que así
En c
- D
- T

- C
- L
- Y
cretario
bien m
- H

cretario
- T
ladrón,
demás
rrespon

- C
- Y
libre; a
- Y
- S

drón, c
siempre
ponga
oído q
y el ese

Com
más de
no ech
inclusio
tado es
de inju

otra vi
tiene la
que, co
consigu
títulos

La h
de la q
balcón
creyó f
pues el
Com
agarrán
caer, pe
das con
redonde

mero alto, comenzó á rondar la calle á Pepa, dando cada suspiro que levantaba el empedrado y hacía huir á las gallinas que picoteaban las hierbezuelas nacidas entre las piedras. La muchacha, que no era corta de genio, apenas se enteró de lo que aquello significaba, llamó desde una ventana á su nuevo pretendiente, y sin andarse en chiquitas le largó esta andanada:

— Oye, tú, sin vergüenza; ¿sabes lo que te digo? Que si tu padre ha podido quitar la libertad al Pato, denunciándolo para que lo incluyeran en la quinta, ni tú, ni tu padre, ni todos los Caninas del mundo juntos, le podríais quitar la novia, porque lo que á mí me pide el cuerpo es un Pato y no un mastuerzo como tú.

Para indicar que no tenía más que decir y que no necesitaba respuesta, Pepa cerró de golpe y porrazo la ventana, dejando al hijo de Canina como el que ve visiones; pero el discurso no debió producir el efecto que Pepa esperaba, porque ni el empedrado ni las gallinas de la calle se vieron libres de los suspiros del mozo.

No está averiguado todavía si la insistencia del desdeñado pretendiente obedecía á instigaciones del amor, ó si era fruto de intrigas de la codicia: la gente se inclinaba á esto último, porque los Caninas no tenían sobre qué caerse muertos, y el padre de Pepa poseía un olivar, una casa y unas cuantas ovejas.

Fuera lo que fuese, aquel moscón estaba empeñado en que habían de ser pares, aunque le habían dicho que no, y preciso es confesar que si no se salió con la suya, hizo por salirse milagros de terquedad y de paciencia.

Su padre acudía á la plaza todas las mañanas á la hora en que los jornaleros se reunían allí en busca de trabajo, y bullendo de corro en corro promovía pláticas tan sabrosas como estas:

En un corro:

— Dios guarde á la buena gente.

— Dios guarde á V., tío Canina.

— ¿Qué hay de nuevo?

— Usted dirá.

— Parece que unos segadores que han venido de tierra de Castilla han contado que el Pato es el soldado más borracho y más pendenciero que hay en el ejército: yo no lo creo.

— Ni nadie lo creará: el Pato es de la calidad de la carne sin hueso ni piltrafas: no tiene desperdicio.

— Parece que los mismos segadores añaden que se pasa la vida jugando: unas veces con las cartas y otras con las mujeres: yo no lo creo.

— Eso último lo oírás tu novia con el mismo gusto que si le arrancaran las muelas; pero su hijo de V. bailará de alegría por si él, sin jugar, sale ganando.

— Mi hijo sospecha que Pepa empieza á pasar fatigas por él y á no pasarlas por el Pato: yo no lo creo.

— Pepa sería una mala mujer si no esperase á su novio, que así que cumpla con la reina vendrá á cumplir con ella.

En otro corro:

— Dios nos dé muy buenos días.

— Tío Canina, santos y buenos.

— ¿Qué noticias corren?

— Las que V. traiga.

— Yo no sé nada. Malas lenguas aseguran que el secretario del Ayuntamiento es un ladrón, que no despacha bien más asuntos que los que le valen dinero: yo no lo creo.

— Hace V. bien, porque todo el pueblo sabe que el secretario es el hombre más bueno que come pan.

— También se cuenta que el señor alcalde es otro ladrón, que para no pagar contribuciones hace que los demás paguen la que les corresponde y la que no les corresponde: yo no lo creo.

— ¿Cuánto paga V., tío Canina?

— Yo no tengo nada, y al que no tiene, el rey le hace libre; además, ya he dicho que no lo creo.

— ¿Y no ha oído V. algo más?

— Sí que he oído. He oído que el síndico es otro ladrón, que se entiende con el escribano, á fin de que siempre que llamen á éste para hacer un testamento, ponga que el difunto deja una manda al síndico. Y he oído que luego se reparten las mandas entre el síndico y el escribano: yo no lo creo.

Como se ve, aunque el tío Canina tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando de un arado, no echaba en olvido que sus desahogos al reclamar la inclusión del Pato en el sorteo de la quinta le habían costado estar preso, y había buscado y encontrado el modo de injuriar á todo el mundo sin peligro inmediato de hacer otra visita al carcelero. Por aquello de que de todo tiene la viña del Señor, el secretario del Ayuntamiento que, como ya hemos visto, era harina de otro costal, consiguió que el alcalde y los regidores aceptaran por artículos de fe los puntos siguientes:

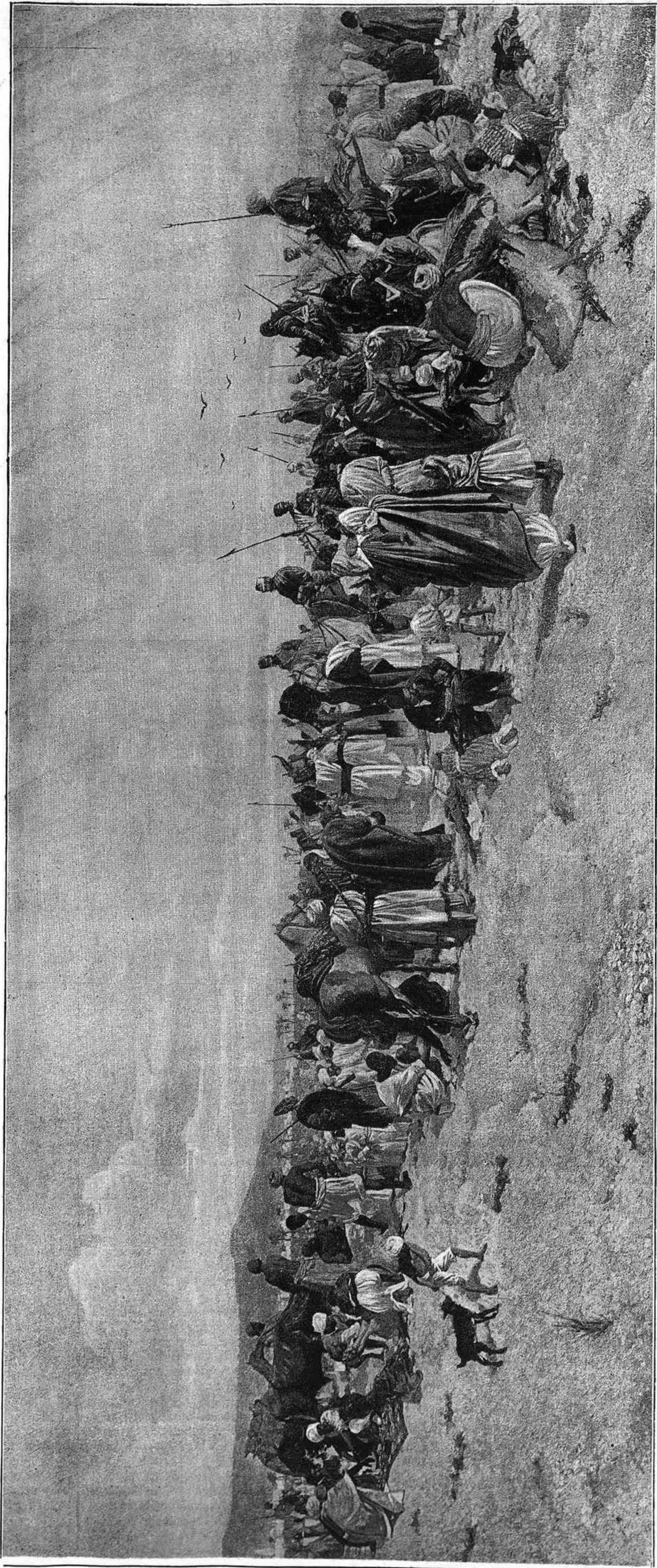
(Continuará)

EL RAMO DE MARGARITAS

(Conclusión)

La habitación en que se hallaba, tenía, como todas las de la quinta, una puerta de cristales que daba á un ancho balcón corrido. Estaba en el piso segundo, pero Santiago creyó fácil descolgarse al principal y desde éste al jardín; pues el edificio no tenía gran altura.

Comenzó á poner en práctica su descendimiento, y agarrándose al extremo de los hierros del balcón, se dejó caer, pero al llegar al piso inferior, resbaló, dió de espaldas con un cierre de cristales entreabierto, y cayó casi redondo al lado de Mercedes.



EL VICE-CÓNSUL RIVADENEYRA, EN DIZFUL, cuadro de nuestro director artístico, D. J. Luis Pellicer



Á TENER TREINTA AÑOS MENOS... cuadro de G. Papperitz

¡Momento de asombro!

Mercedes asustada se puso en pie; Santiago se quedó tan inmóvil como la estatua de magnesia de la fábula de Miguel de los Santos Alvarez.

La joven fué la primera que se repuso, diciendo:

— Ha hecho V. una cosa incomprensible. Váyase usted, váyase inmediatamente.

— ¡Ah! Señorita, permítame que la explique...

— Nada, no es necesario.

— Sí que lo es, dígame V., se lo suplico...

Y se interrumpió; no hallaba palabras, luchaba contra su timidez y su emoción.

Por fin pudo decir:

— ¡Voy á volverme loco!

Había tanta verdad y tanta consternación en esta frase, que Mercedes, conmovida y con la encantadora sencillez de sus pocos años, preguntó:

— Con que, ¿tanto me quiere usted?

El joven, en el colmo de la desesperación, levantó la cabeza, y atreviéndose á mirarla por vez primera de frente, la soltó esta respuesta á modo de escopetazo:

— No, señorita; V. se ha equivocado.

Al oír estas palabras, que eran como un insulto, Mer-

cedes se puso encendida y luego pálida; cerráronse sus ojos, vaciló y hubiera caído al suelo á no sostenerla Santiago.

La cogió en brazos, y la llevó al sofá; una de las microscópicas chinelas se desprendió de su pie, y cuando el aturdido joven la tomaba para colocarla en una silla, oyó un grito comprimido, y halló á su lado á D.^a Geneveva.

Retrocedió, y tropezó con un velador lleno de objetos de china, que cayó al suelo con gran estrépito.

— Pero ¿qué es esto? ¿por qué está V. aquí? ¿por dónde ha entrado? — preguntó D.^a Geneveva.

Santiago señaló al balcón balbuceando:

— Por ahí... una casualidad... no venía á este sitio...

— Lo cual, — pensó el ama de llaves, — quiere decir que se dirigía á otro. ¡El pobrecito se ha equivocado de balcón!

Y satisfecho su amor propio, prodigó sus cuidados á Mercedes, mojóndole con agua las sienes; pero, á los pocos momentos, oyóse ruido en la escalera y en los corredores.

— ¡Vienen! — dijo Santiago.

— Váyase V. en seguida.

— Pero...

— Váyase V., ¿no conoce que es preciso? — y al mismo tiempo D.^a Geneveva levantaba el velador y los objetos caídos. — No se deje V. nada, — repuso viendo que Santiago buscaba algo en el suelo.

— He perdido la petaca y el saca-trapos.

— Tenga V., lléveselo V. todo. Vamos, de prisa, ya están aquí.

Y diciendo estas palabras, la pobre señora, azorada, llenaba los bolsillos de la cazadora de Santiago con cuantos objetos hallaba á mano.

Llamaron á la puerta, gritando:

— ¡Mercedes! ¡Mercedes!

— ¡El marqués! — exclamó D.^a Geneveva. — ¡Por Dios! váyase V., — y le empujaba por la espalda.

El desgraciado joven salió al balcón, se descolgó al jardín, atravesó éste corriendo, abrió la puerta de la verja, y se lanzó á campo traviesa.

XI

— ¡No has armado mala trapatista! la casa del marqués es un campo de Agramante.

— ¿Qué dice V., tío?



DE VUELTA DEL RIAI TO, cuadro de Mister Wood

- En todo hay límites, pero tú los traspasas todos.
 ¡Entrarse en el cuarto de una joven! ¡y el primer día!..
 - ¿Con que se ha sabido?
 - ¿Pues qué, somos sordos? ¡floja tremolina que hiciste! veladores caídos, doncellas desmayadas; ¡válgame Dios!
 - ¡Ah! tío ¡qué desgraciado soy!
 - El marqués está hecho un tigre. Me he visto negro para aplacarle un poco; le he ofrecido lo que era de cajón, que te casarías con su hija.
 - ¡Ah, tío! ¿qué ha hecho usted?
 - No, no te alteres; ni él ni su hija quieren oír hablar de tí.
 - ¿Ni ella tampoco?
 - Está hecha una panterita contra tí, te detesta; ¿qué la has hecho?
 - ¡Oh, tío!
 - Y la verdad, me daba lástima: lloraba como una Magdalena.
 - Pues qué, ¿se habrá atrevido su padre á levantar la mano?
 - Peor que eso.
 - ¿Peor?
 - La vuelve á las Salesas, de donde la [había sacado hace tres meses.
 - ¿Al convento?
 - Sí.

- ¡Y yo tengo la culpa! ¡Bestia, animal! - exclamó Santiago levantándose de la mesa en donde estaba almorzando, y encerrándose como un loco en su cuarto en donde comenzó á dar vueltas como una fiera, mientras que el general, que en su interior celebraba la audacia de su sobrino, tomaba pacíficamente café.

Santiago, un poco más tranquilo, buscaba una petaca en el bolsillo de la cazadora que la noche anterior había dejado en una silla; y comenzó á sacar objetos acusadores que le llenaron de emoción: una cinta, un guante, un pañuelo marcado con una M, y, ¿lo creerán Vds.? una chinela tan mona y tan diminuta, que parecía hecha para el pie de un niño.

Y al considerar aquellos despojos, reconstruyó á Mercedes, como Cuvier á los animales antediluvianos; el pelo por la cinta, la mano por el guante, la boca por el pañuelo y el pie por aquella chinela maravillosa.

Se enterneció, sintió remordimientos, se figuró el convento con sus claustros y sus celosías y, tomando su sombrero con expresión enérgica, exclamó:

- ¡No, yo no lo puedo consentir; voy á decir la verdad al marqués!

Desde aquel momento se trasformó en un héroe de resolución. Fué á la cuadra y ensilló él mismo su caballo, y después de cerciorarse de que llevaba en el bolsillo todos los objetos pertenecientes á Mercedes, montó, y comenzó á trotar en dirección á la quinta del marqués.

Era ya algo tarde, pero ¿qué importaba? Él no hubiera podido dormir tranquilo sin desfacer aquel agravio.

XII

En setiembre los días ya son cortos, y Santiago llegó á la quinta poco antes de anocheecer.

La puerta de la verja estaba abierta.

Entró, y encontrando un criado le preguntó:

- ¿Está en casa el señor marqués?

- Sí señor, hace un instante, cuando he ido á encender luces, le he dejado en la sala del piso bajo.

- ¿Es allí, donde brilla aquella luz?

- Sí señor.

Llegó casi á la carrera, subió cuatro escalones, empujó una puerta de cristales y... se quedó estupefacto.

Mercedes sola estaba allí.

- ¡Ah! - exclamó el pobre Santiago.

- ¿Supongo que no es á mí á quien busca V.? - balbuceó la joven.

Santiago hizo un signo negativo.

- ¿Supongo que será á D.^a Genoveva?

El atortolado mancebo hizo un nuevo esfuerzo para hablar, pero se le trabó la lengua.

- Hace V. bien en amarla, - repuso Mercedes con acento indefinible. - Es una excelente señora que no tiene más ridiculeces que cualquiera de su edad.

Estas palabras, y sobre todo la expresión con que fueron dichas, devolvieron á Santiago el uso de la voz.

- Pero, ¿qué dice usted? ¿amar yo á esa señora?

- ¿A qué fingir? lo sé todo.

- ¡Fingir! yo...

- Ella me lo ha contado, incluso lo de pisarla el pie debajo de la mesa.

Santiago, petrificado, había vuelto á quedarse mudo.

- Buenas noches, - dijo Mercedes, - voy á avisar á doña Genoveva.

- ¡Oh! - exclamó el pobre joven alargando los brazos en ademán suplicante.

- ¿Qué significa esto?

- ¿Usted ha podido creer...?

- Pues, no siendo esa señora, ¿qué le trae á V. aquí?

Santiago, incapaz de explicarse, sacó apresuradamente de sus bolsillos un ramillete de margaritas, que había

esperado, porque no hallaba palabras para desahogar su corazón.

La joven dió algunos pasos hacia la puerta, y él, viendo escapársele la última ocasión de justificarse, anhelante, loco, dió un soplo á la bujía que alumbraba la sala.

Mercedes dejó escapar un grito; y como si la oscuridad hubiera hecho nacer la verbosidad del tímido amante, exclamó:

- No se vaya V., dígame, no tema V. nada de mí; moriría mil veces antes de ofenderla. Soy un tonto, un idiota; lo que V., y todos, suponen atrevimiento no son más que torpezas y necedades, que constituyen una especie de fatalidad inherente á mí. Todos mis esfuerzos para desengañar á V., se vuelven en contra mía; he querido huir por pura timidez y he caído en su cuarto de V.; y mire usted, creo que no tengo yo solo la culpa, sino sus ojos de usted, que al mirarme me causan un mareo que me hace enmudecer; y si no, ya lo ve, apenas nos hemos quedado á oscuras, he podido hablar, bien ó mal; he podido decir á V. lo que la decía á mis solas, porque, sépalo ya: yo la amo como un loco.

- ¡Qué bien finge V.!

- ¡Fingir yo! ¡Ah! no me conoce V.; en otra ocasión le dije que no la amaba y entonces sí que creo que sin saberlo mentía... Ahora... Ahora... ¡Tenga V. piedad de mí! no sé lo que me digo.

- Encienda V. la bujía, - dijo Mercedes conmovida;



EL BEBEDOR DE AGUA, bosquejo de E. Manet

- mi padre vendrá de un momento á otro.

- ¡Mejor! que venga; hace poco le buscaba para suplicarle de rodillas que no recayese en V. la culpa de mi torpeza; yo no puedo consentir que por causa mía vuelva usted al convento. Yo creo que el marqués se hará cargo de mi situación, que comprenderá la estúpida fatalidad de mi carácter... y si V. fuera tan buena que me perdonara...

- Encienda V. la bujía; se lo ruego.

- Una palabra todavía ¡Dios mío! ¿qué haría para convencer á usted?

- Es inútil, estoy convencida.

- ¡Ah! ese tono me da á entender lo contrario.

- ¿Cómo he de decirlo?

- De modo, ¿que me perdona usted?

- Sí.

Santiago encendió un fósforo y luego la bujía con temblorosa mano.

XIII

Mercedes ocultó el rostro entre las suyas.

- ¿Usted me perdona? ¡No sabe el bien que me hace!

Y repuso con íntima expresión:

- Ahora me siento aliviado de un peso horrible; hasta creo que tendré valor de mirar á V. cara á cara.

- Míreme pues, - dijo la joven separando las manos.

Santiago clavó en ella sus ojos; y ella, con ese maravilloso instinto de la mujer, leyó en aquella alma amante y leal, y le presentó la mano derecha.

El pobre, se puso muy pálido y no se atrevió á tomarla; su timidez era la mejor prueba de sus torpezas anteriores.

Entonces ella alargó aquella misma mano á la mesa próxima, tomó el ramillete de margaritas y le llevó á los labios...

¿Qué puede haber después de este idilio si no la prosaica, pero dulce realidad?

Las antorchas de Himeneo; la luna de miel, esta vez sin menguante; y al cabo de cuatro años, tres sobrinitos saltando sobre las piernas del general Arizcum.

Parece ser que desde dicha fecha se habían acabado las torpezas de Santiago.

F. MORENO GODINO



REGRESO INEXPERADO, cuadro de Lojacono

hecho en el camino atándole con la cinta perteneciente á Mercedes, un pañuelo, un guante, y la linda chinela, poniendo estos objetos sobre una mesa próxima.

- ¿Qué hace usted? - dijo atónita la joven.

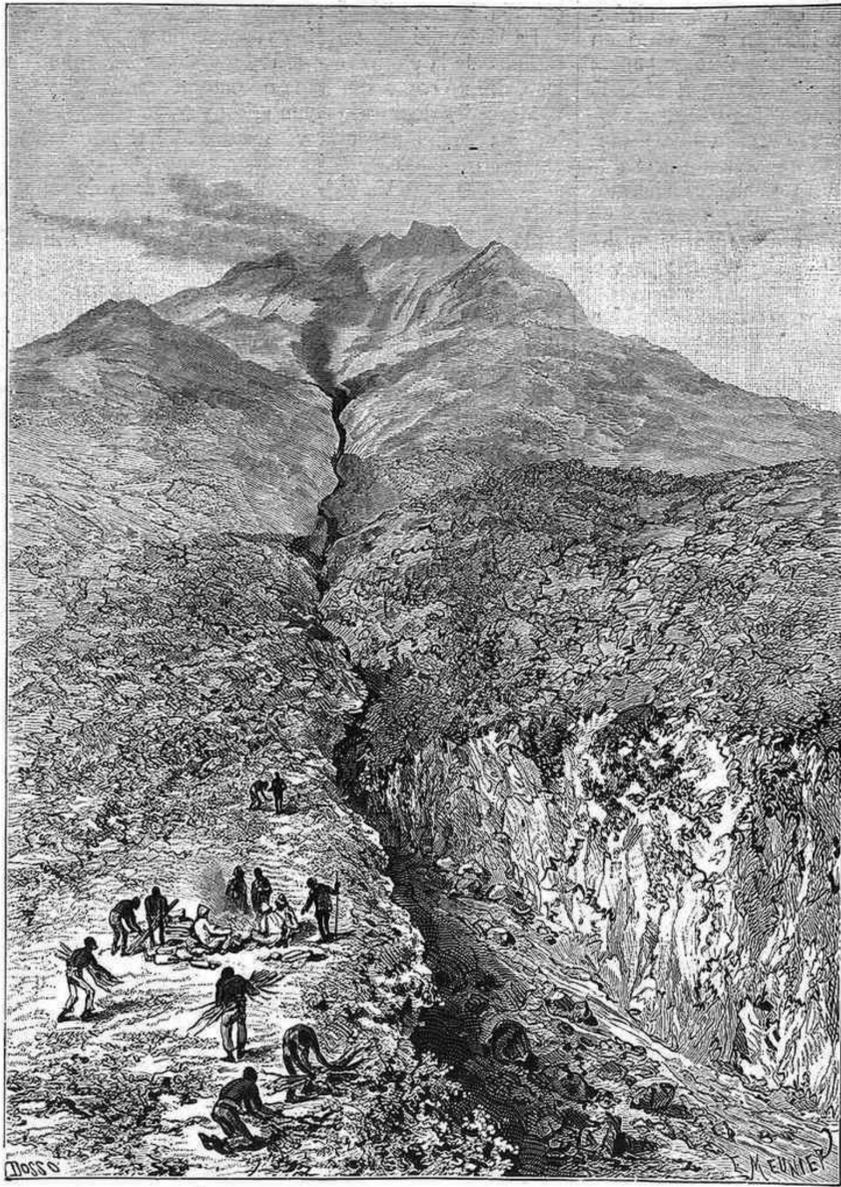
- Estas cosas son de V. y se las devuelvo, - y al mis-

mo tiempo, antes de dejarla, llevó á sus labios la preciosa chinela.

Mercedes hizo ademán de irse.

- ¡Por Dios! no se vaya usted!

Ella se detuvo y le miró con fijeza; él bajó los ojos de-



Viaje á Filipinas.—El volcán Apó; vista tomada á 2200 metros de altitud

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Apenas puedo distinguir el interior del cráter, que mide unos quinientos metros de diámetro, y que, así como sus costados exteriores, está cubierto de una vegetación achaparrada de enebros. Espesas nubes ocupan el fondo; y para mayor desgracia, Marcelo, mi fiel muchacho, que me ha seguido hasta aquí con la mayor docilidad, detiénese extenuado á unos cien metros más abajo que yo, sin que le sea posible sobreponerse á su fatiga ó al vértigo. No puedo consultar el barómetro si no voy al sitio donde Marcelo se halla; pero el error que de esto resultaría es muy pequeño, pues sólo puede afectar á la evaluación de la altura comprendida entre el lugar de la observación y la cima del cráter, error que no excederá de veinticinco metros, cantidad pequeña para una altura total de 3,133. El termómetro marca 15° centígrados sobre cero.

Con la mayor rapidez posible emprendemos la bajada, porque debe temerse el mal tiempo. No tardamos en volver á estar á 2,400 metros de altura, y ahora la atmósfera es clara y serena: detrás de nosotros, el cráter, que parece desprendido de las nubes, destácase como una gigantesca muralla ruinoso, con su pico denticulado; alrededor de nosotros extiéndese una vasta alfombra de azufre, cuyos contornos se pierden en los tintes violáceos de un nimbus que se desliza perezosamente á nuestros pies; sobre esta cortina de nubes contemplamos un panorama espléndido: los espesos bosques que cubren los flancos del Apó, y más lejos las aguas azules del golfo, donde las puntas de Dumalac y de Malalac, las islas de Samal y de Talicud se proyectan sobre un fondo verde oscuro.

No disfrutamos largo tiempo de este maravilloso cuadro, pues al llegar á la región de los helechos subarborescentes, una copiosa lluvia nos impide ver, helándonos hasta los huesos; en este temporal pierdo la mayor parte de las plantas que he recogido en la cima, y aguantando un diluvio llegamos á nuestro espantoso campamento de ayer, donde pasamos la noche en un montón de ramaje formado apresuradamente por nuestros hombres.

11 octubre.—Estamos calados hasta los huesos cuando amanece; pero un buen fuego y algunas tazas de café nos reaniman. Acto continuo levantamos acta de la ascensión, y encerrámosla en una botella, que se cuelga de la rama de un árbol. Decimos á los Bagobos que es una autorización en debida forma, permitiendo á todos ir á recoger al volcán la cantidad de azufre que quieran.

Pasamos la noche en la ranchería de Bitil, donde tenemos el gusto de hallar á nuestro compañero libre de la fiebre y completamente restablecido.

12 octubre.—Proseguimos nuestra marcha, dejando á la derecha el magnífico torrente de Tagulaya, que tanto

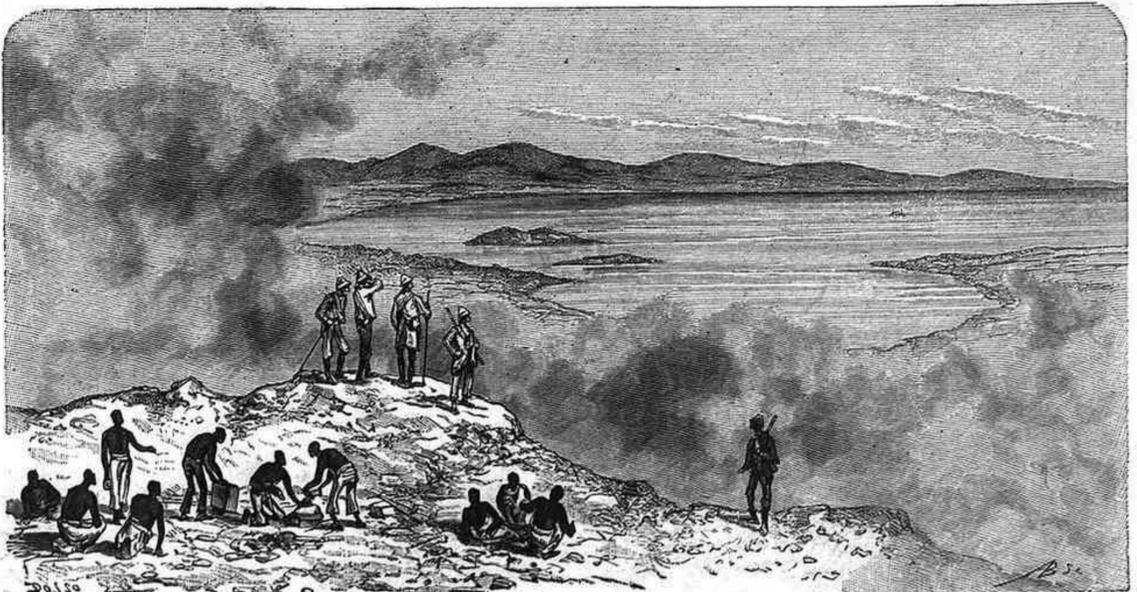
ble. Estamos algo cansados, pero muy contentos, y por mi parte conservaré el más agradable recuerdo de esta excursión, durante la cual, á pesar de las fatigas y de algunas privaciones inevitables, ha reinado la mejor inteligencia, gracias á la amabilidad del comandante Rajal y á la buena voluntad de todos.

VII

Á TRAVÉS DE MINDANAO

4 noviembre 1880.—Emprendo la marcha hacia el interior: mi proyecto es atravesar Mindanao de sud á norte, franqueando las montañas centrales que separan las vertientes sud y norte de la isla. Llegado á las orillas de la bahía de Butuán, daré la vuelta por la península de Surigao, y corriéndome por la costa del Pacífico, volveré á Davao doblando el cabo de San Agustín.

Este itinerario es difícil de seguir: las dos únicas personas que le recorrieron en sentido inverso, los PP. Juan Heras y José Minores, me comunican bondadosamente



Viaje á Filipinas.—Panorama del golfo de Davao; vista tomada desde el volcán Apó á 2400 metros de altitud

bre diablo está muy lejos de hablar corrientemente el mandaya; por fortuna, este dialecto tiene mucha afinidad con el bisaya, y después de una interminable conversación, entorpecida por la estupidez y el aturdimiento de los indígenas, pero facilitada luego por numerosas libaciones, llegamos á entendernos. Mañana tendré tres ligeras

todos los informes que han recogido, sin ocultarme los obstáculos probables, pues la estación no es conveniente. La monzón del sudoeste no ha terminado aún en la vertiente del golfo de Davao; más lejos hallaré la monzón del nordeste en toda su fuerza, y por lo tanto se deben temer abundantes lluvias. Sea como quiera, no puedo esperar seis meses el cambio de monzón, que en la costa del Pacífico no se producirá hasta el mes de mayo.

Salgo por la tarde en una grande y sólida barca, que me ha facilitado D. Basilio, antiguo vacunador (1) de la provincia, que muy á menudo me prestó servicios análogos con la mayor bondad durante mi permanencia aquí.

Preparo hace largo tiempo esta excursión, adoptando todas las precauciones necesarias para sacar el mejor partido. Mi sextante y mis cronómetros están encerrados en una caja muy sólida, ligera y bien seca; también llevo algunas conservas alimenticias, llegadas últimamente de Manila y una regular cantidad de víveres al abrigo de averías. A mis servidores agrego otros dos muchachos, Marcelo y Lorenzo; Flores, antiguo marinero de la escuadra de Filipinas, se encargará particularmente de la conservación de las armas; y acompañame además el cuadrillero de Davao, Francisco, á quien el gobernador Rajal ha tenido la bondad de conceder una licencia. Todos estos servidores son indios Bisayas; por guía é intérprete he tomado un anciano traficante que asegura haber estado en relaciones con los Mandayas y conocer perfectamente el dialecto; ha debido ocultar en mis bagajes alguna pacotilla, y sin duda espera obtener un gran beneficio, gracias á mi protección; pero yo también tengo mi pacotilla de objetos de latón y de quincalla, así como *coco crudo*, con lo cual espero vencer la desconfianza de los Infeles. En fin, como último argumento, llevo dos carabinas de dos cañones, una para mí y otra para Flores, con suficiente cantidad de municiones.

Una vez fuera del río de Davao enderezo el rumbo al norte, y á las siete de la mañana llegamos á la plaza de Cabayugán.

5 noviembre.—No salimos hasta las cinco de la tarde, pues nos detienen algún tiempo las calmas y los chubascos; y pasamos la noche un poco al norte del pueblo moro de Lasan.

6 noviembre.—Entro en el río Tagum á la hora de la baja marea, y obligado á detenerme por la violencia de la corriente, prosigo después mi marcha con ella á las dos de la tarde. El curso del Tagum, que se abre paso en medio de una llanura de aluviones, presenta una infinidad de sinuosidades que no pueden figurar en la carta geográfica; las orillas, al principio bajas, cubiertas de piletuvios, elevanse un poco más arriba de Bincungán, ranchería de moros asaz importante, donde me detengo á las seis. Aquí fué donde asesinaron por sorpresa, hace algunos años, al malogrado D. José Pinzó, gobernador de Davao, con una parte de su escolta. Estos miserables piratas de Bincungán me manifiestan al principio muy mala voluntad, pero nada más, porque han pagado cara su traición; uno de ellos cede á mis hombres algunos víveres, por los cuales pide seis reales; pero con aire desconfiado rehusa recibir el precio en dinero, y toma en cambio cierta cantidad de coco crudo, que sólo me ha costado dos reales.

7 noviembre.—La corriente del Tagum es cada vez más sinuosa y menos profunda: las sondas acusaban al principio cinco metros, y ahora sólo uno ó menos; de modo que mi barca toca á veces en la arena. Adelanto muy poco, y no llego hasta las seis de la tarde á Babao, primer pueblo mandaya. Los habitantes huyen al divisarnos. Como mi barca es inútil á causa del poco fondo, resuelvo enviarla á Davao con su tripulación y pedir á los Mandayas piraguas ligeras y remeros. Mi intérprete, cargado de regalos, marcha al bosque en busca de los fugitivos, y consigue traerme algunos; pero, como yo temía, el po-

embarcaciones que están amarradas en la orilla, y seis remeros que las conducirán cuando el río sea navegable.

(Continuad.)

(1) Generalmente, este cargo se ejerce por mestizos que reciben en Manila una instrucción especial, y que después pasan, á expensas del gobierno, á las diversas provincias de Filipinas.